

Capítulo 3, La Reunión

En el living de casa

El más terrible de los sentimientos es el de la esperanza perdida...

Federico García Lorca

El living de la casa estaba en penumbra. Mientras pasaban las horas, no podía mitigar el nerviosismo por el encuentro con aquella voz que había roto su plácido pasar.

Con casi sesenta años, su vida estaba colmada de hitos personales cumplidos. Su familia; el feliz crecimiento de sus hijos ya hombres: uno médico, otro estudiante del último año de Filosofía y Letras; su paso por la Universidad; su trabajo en la editorial, que le había permitido escribir varios libros, y un grupo de amigos serenos y cultos, daban a su vida tranquilidad y belleza, además de seguridad.

Pero algo andaba mal en derredor. No sabía si fue ese fatídico 20 de diciembre de 2001 o cuando por radio y televisión contempló el secuestro y asesinato de Axel Blumberg. Tal vez éstos fueron los hechos que terminaron de despertarla. Asistir, junto a miles de personas como ella, a las marchas frente al Congreso o al palacio de Tribunales, no terminaba de aplacar esa angustia que había comenzado a sobrevolar sobre ella, sobre todos... ¡Mañana puedo ser yo!

¿Qué puedo hacer?, se preguntaba, ¿yo qué puedo hacer?

Tal vez esa pregunta recurrente la había llevado a promover un taller literario y publicar un pequeño aviso. Como botella tirada al mar, lo que intentaba era encontrarse, fuera de su entorno, con gente que necesitara ayuda para contar, y sobrellevar sus historias, algunas que imaginaba trágicas. Tal vez pudiera así colaborar.

Lo cierto es que “la botella” había llegado a varios destinos y los llamados se sucedieron. Estaba contenta, tal vez ésta fuera la forma de poder ensamblar su vida “perfecta” con ese mundo que sospechaba cada vez más convulsionado e invasivo. Todo iba bien hasta que recibió ese llamado.

La voz sonaba seca, abatida.

- Quisiera saber si usted puede ayudarme. Durante quince años he seguido un tema conflictivo y acabo de juntar varias piezas clave que me han abierto los ojos. Lo que pasa es que... bueno, tendría que reunirme con usted. Pero antes de contarle, quisiera conocer trabajos suyos, qué piensa... digo... si no le molesta... en forma particular...

Los escasos datos que le proporcionaba le bastaron para contestar afirmativamente, accediendo a la entrevista.

Ahora acomodaba nerviosamente los libros por ella escritos: poemas, ensayos y una novela sobre la vida en familia, el grabador, su cuaderno de apuntes, el termo con café y

dos tazas. Encendió más luces y se acomodó en el sillón a la espera de la hora señalada: las cuatro de la tarde.

Cinco minutos antes de la hora sonó el portero eléctrico. Luego, el ruido característico del ascensor y por fin el timbre de la puerta de entrada. La abrió suavemente.

El hombre se veía demacrado. Le tendió la mano y éste la tomó fuertemente, como si necesitara que lo sacara de un pozo. Lo hizo pasar.

Se acomodó en uno de los sillones frente a ella. En realidad se mantenía erguido, sentado en el borde del sillón. Mientras dejaba una cantidad de carpetas y libros sobre la mesa que los separaba, la miró profundamente. Ella hizo lo mismo.

Fueron unos segundos interminables mientras se miraban en silencio. Ella interrumpió, declarando:

-Aquí he separado algunos de mis libros para que usted pueda ver parte de mi trabajo profesional - se los tendió.

El los tomó y hojeo rápidamente, deteniéndose a leer algunas páginas al azar. Tras unos minutos, levantó los ojos, volvió a mirarla.

- Si no le parece mal, le dejo algunos de los recortes y escritos que tengo sobre el tema que le comenté. Usted los lee y me dice después si puede ayudarme.

-Tal vez sería interesante que usted me contara. ¿Quiere un café?

-No, gracias. Me parece mejor que usted me conozca leyendo los trabajos que he ido reuniendo durante años. Mientras yo leo sus libros, usted lee lo mío. ¡Bah!... lo mío son testimonios y recortes de diarios, revistas y libros. Creo que le van a interesar. Además, le dejo algunos libros que se han escrito sobre la privatización de Aerolíneas Argentinas, cuya lectura me llevó a la investigación del lado oscuro de la trama del libro que quisiera que usted escribiera... en realidad... que me ayudara a escribir. Me gustó mucho la forma en que publicó su aviso. Escribir no sólo es volcar lo que uno ve o siente, en papel; es hacerlo entendible a quienes lo van a leer. Esto es lo que no puedo lograr. Así que, si le parece, hacemos lo que le propongo.

Dijo esto mientras se ponía de pie y le tendía la mano.

No pensaba contradecirlo, la intriga le había ganado nuevamente a la razón. Quedaron en encontrarse en el término de cuatro días. Sobre la mesita habían quedado varios libros: “Argentina de nuevo arrodillada – la privatización de Aerolíneas Argentinas”; “Robo para la Corona”; “Privatizaciones en Privado”; y sobre ellos “Alas Rotas” de Mabel Twaythes. Abrió “Alas Rotas” y encontró entre los agradecimientos del prólogo a su nuevo “cliente”, junto a tres anotaciones: “Mabel utiliza la privatización de Aerolíneas Argentinas para mostrar la decisión de Menem de vender el patrimonio del Estado para hacerse de caja y negocios. La corrupción se ve en los primeros pasos de

los funcionarios de Menem y en la entrega de Aerolíneas a Iberia”. *A su lado se lee: “agosto de 2002. Mabel no me devolvió toda la documentación que le presté, debo ir a verla”... Otra, con fecha septiembre de 2002. “Visité a Mabel en el diario. Me dijo que descartara la posibilidad de que publicaran algo en contra de los nuevos dueños de Aerolíneas, Antonio Mata y Cia., ¡es que son uno de los principales anunciantes del diario!”... Y por fin: “abril de 2003. Ver resolución del Juez Jorge Ballesteros acusando a Dromi, Barra, Cavallo y Pescarmona de asociación ilícita”.*

Tomó uno de los apuntes de una amplia carpeta. Se titulaba “La Convención Constituyente de 1994” y tenía una anotación: *“Cuánto valor y cuánta verdad en las palabras de Monseñor De Nevares. Diez años después el presidente de turno sigue gobernando con Decretos de Necesidad y Urgencia, ¡y pensar que la mujer del Presidente es figura rutilante del Senado y que acusaba a Menem y a De la Rúa de avasallar al Congreso con esos decretos! ¡La primera ciudadana!”*

Lo dejó sobre la mesa y tomó otro; el título la dejó estupefacta: **“Los Montoneros de su Majestad”**.

